

# MARÍA WARD, UNA MUJER MOVIDA POR EL ESPÍRITU

MARÍA DE PABLO-ROMERO

Religiosa del Instituto de la Bienaventurada Virgen María (IBVM),  
doctora en Historia y licenciada en Lengua y Literatura Románica



De haberse casado, **María Ward** (1585-1645) podría haber sido un bastión del catolicismo en la Inglaterra que nacía al anglicanismo. En los Países Bajos y en Roma, acabó siendo un símbolo de los convulsos tiempos de la Contrarreforma.

Libre y visionaria, apostó por un modo de ser mujer y religiosa diferente, renegando de la clausura y apostando por la vida activa cuando eso suponía un desafío. Varios papas la admiraron. Acabó juzgada por la Inquisición y con su obra, el Instituto de la Bienaventurada Virgen María (IBVM), casi socavada.

Pero el impulso era tan grande que su profecía sobrevivió a su muerte.

Hoy sigue más viva que nunca. Y va camino de los altares...

# Desafío para un tiempo nuevo

## I. PESE A TODO, MARÍA WARD

**María Ward**, fundadora del Instituto de la Bienaventurada Virgen María (IBVM), conocido en España como M.M. Irlandesas y en el mundo como Loreto Sisters, fue una mujer atenta a los signos de los tiempos y, como tal, supo responder a sus necesidades concretas. Es, pues, un personaje que pertenece de lleno a la historia de la Iglesia, por el importante papel precursor que desempeñó en su heroica vida. Porque estar atenta a estos signos capacita para ser un factor de cambio y detectar la inspiración del Espíritu que busca renovar a la Iglesia con nuevos caminos, de modo que el mensaje evangélico no quede fuera de una época concreta.

María Ward, con su visión de futuro y con una vida incomprendida por tantos contemporáneos suyos y por la propia Iglesia, hizo posibles las formas más actuales del apostolado en los institutos religiosos femeninos, y constituye uno de los casos más sorprendentes entre las pioneras que han abierto nuevos cauces para la mujer apostólica. Muchos se interesaron por enterrarla en vida y consiguieron hundirla tanto en el olvido que ahora, cuatro siglos después, todavía puede parecerse como sumida en la nebulosa de lo impreciso. Y, sin embargo, hay quien la sitúa, en el devenir de la historia de la Iglesia, a la misma altura que santa **Teresa de Ávila**.

Lo cierto es que a la revolución de María Ward todavía no se le ha ido la fuerza y, hoy, su figura es absolutamente vigente y válida en nuestro mundo. Una valía que quedó reconocida el 19 de diciembre de 2009, cuando fue declarada venerable por el papa **Benedicto XVI**.

### York. Contexto histórico y familiar

Si María Ward evoca con su vida a los personajes de las grandes tragedias griegas, el escenario que le tocó vivir no podía estar más a tono. El siglo XVI fue

un tiempo de gran inestabilidad en la Iglesia, y sobre todo en Inglaterra, donde **Enrique VIII** persiguió y abatió una fe y una unidad cristiana construida desde siglos, consumando la ruptura con Roma y arrastrando tras de sí a la inmensa mayoría de los habitantes de esas islas. Aquello fue una racha huracanada que en poco tiempo barrió monasterios y desmanteló iglesias.

El 23 de enero de 1585 nació María Ward en el corazón del Condado de York, en Mulwith, una de las mansiones que pertenecían a **Marmaduke Ward de Givendale**, heredero de una de las familias con más pura y vieja raigambre católica y cuyos miembros se vieron poco a poco privados de sus propiedades y de su libertad por defender una fe y unos principios católicos. A María le tocó vivir sus primeros veinte años durante la sangrienta persecución del reinado de **Isabel I**, teniendo que padecer con sus padres y hermanos continuos traslados de casa. Hay que conocer esta situación para comprender la vida de esta mujer. Los habitantes de York se distinguen por ser personas de carácter tenaz y temple resistente a toda prueba. María no será una excepción y, consciente de su herencia, se mantendrá siempre serena e incapaz de abatirse por nada.

Parece que, en una sociedad como la inglesa de finales del XVI, en la que

el martirio se cruzaba en la vida de los católicos con una frecuencia fuera de lo normal, empezó María pensando que este sería un final hermoso para ella, pero pronto advirtió que sus inclinaciones más profundas derivaban hacia la Vida Religiosa. Esto le planteaba dificultades especiales, pues la supresión de los conventos en Inglaterra le obligaría a buscarla en el continente.

Corría el año 1606. María no tenía conocimiento particular de ninguna orden religiosa, pero eligió los Países Bajos, como lo hacían otras jóvenes en esos años. Tan pronto como lo dio a conocer a la familia, se organizó una auténtica conspiración para disuadirla de su idea. Y en esto llegó la aparición del joven **Edmundo de Neville**, heredero del Condado de Westmoreland, que pretendía casarse con ella... Este condado, como el de York, venía a ser uno de los últimos reductos sagrados del catolicismo inglés. No es de extrañar que este matrimonio llenara de ilusión a ambas familias, siendo mirado por todos como un deber ineludible hacia la causa católica. ¿Cómo podía negarse ella en aquella circunstancia?

El tenaz asedio coincidió con la célebre Conjuración de la Pólvara en Londres. Reinaba ya **Jacobo I**, hijo de **María Estuardo**, pero los católicos, descorazonados por la tiranía y mala fe del rey, pretendían hacer saltar el Parlamento de Londres en el momento de su apertura. Los 35 barriles de pólvora no llegaron a explotar y el rey y sus lores se libraron, por pocas horas, de saltar por los aires sobre las aguas del Támesis. Tres tíos de María Ward desempeñaron un papel principal en este episodio, siendo ejecutados a los pocos días.

Justo en ese momento, sir Marmaduke viajaba hacia Londres con su hija a fin de zanjar de una vez el asunto de su matrimonio. Allí cayó preso, complicando y ampliando la angustia de esta. Ni siquiera las razones del





María Ward fue declarada venerable por el papa Benedicto XVI en 2009

jesuita P. **Holtby** lograron doblegar a María, pues estaba segura de una cosa: aquello no era la voluntad de Dios y, cuando ella había decidido algo, nada la echaba atrás. Era discreta y objetiva, y nunca actuaba llevada por un impulso emocional. Finalmente, habiendo recibido el permiso paterno y sin ideas claras todavía sobre lo que Dios podría pedirle, dijo adiós a su patria, embarcándose rumbo a los Países Bajos.

### Los Países Bajos. Búsqueda de un camino

Nadie a bordo del Hindis sospechaba quién era aquella joven viajera que, en los días de Pentecostés, hacía la travesía del estrecho. Su vida, en ese momento, era un cúmulo de incertidumbres. Lo único que sabía era lo que había dejado atrás. La meta de su viaje: la ciudad de St. Omer. Esta vieja ciudad pertenecía a los Países Bajos, dominio de la Corona española y gobernada entonces por los archiduques **Alberto de Austria** e **Isabel Clara Eugenia**, hija de **Felipe II**. La proximidad con Calais y el ambiente católico constituían el lugar ideal para diversas órdenes religiosas, siendo además un sitio estratégico para el acceso a Inglaterra.

María se dirigió al Colegio Inglés, de los jesuitas, para informarse sobre los conventos que existían en la ciudad. Ingresó en el de las clarisas, las cuales le asignaron el cargo de hermana limosnera, teniendo que salir todos los días a recoger limosna en las calles de la ciudad. Nada más contrario a sus deseos, ya que ella iba buscando darse a Dios en el silencio y la oración de la clausura. Después de un año, intervino

el visitador general, el español P. **Andrés de Soto**, que consiguió hacerle ver que aquella no era su vocación, devolviéndole por una parte la paz interior y por otra iniciando en ella un nuevo período de búsqueda de la voluntad de Dios.

A los pocos meses de salir, pensó que sería bueno fundar un convento de clarisas en Gravelinas para las jóvenes inglesas. En un tiempo récord y venciendo dificultades de todo tipo, construyó y puso en marcha el convento. Pero aquella felicidad no duró más de cinco meses, pues Dios le dio a entender que quería servirse de ella para algo que era mayor. Había quedado claro que su puesto no estaba en una orden de clausura. Volvió a cruzar el Canal de la Mancha y se instaló en Londres para trabajar, en cuanto fuera compatible con su sexo y condición, por la salvación de sus compatriotas, empezando una labor apostólica de corte revolucionario para su época.

### Londres. Pionera de la acción apostólica femenina

Su vida en ese momento fue una experiencia nueva, atendiendo a todo el que la necesitaba: personas vacilantes en la fe, apóstatas, enfermos, pobres, prisioneros... María Ward vio que se le abrían amplios horizontes de servicio a los demás, hasta entonces insospechados para la mujer. Entra y sale con libertad de las casas, discute, exhorta y, sin haberlo pretendido, está llevando a cabo una obra similar a la de los jesuitas. Cuida los detalles exteriores de presentación, de modo que viste a la moda de las señoras

de su condición cuando tiene que entrar en las diferentes mansiones, y se transforma en una mujer sencilla de pueblo cuando recorre los barrios pobres, visitando a enfermos y necesitados o atendiendo en las cárceles a los prisioneros.

Lo nuevo de esta forma de actuar está en que, en esa época, se considera en la Iglesia a la mujer demasiado débil e inepta para un apostolado de esta envergadura, pues actuar en un plano apostólico fuera de un convento era un espectáculo nunca visto. Lo original suyo estuvo en no conformarse con lo establecido y en ser dócil a la misión dada por Dios de iniciar una nueva Vida Religiosa apostólica para la mujer en la Iglesia. Todo ello explica que, apenas se puso en contacto con jóvenes, un grupo de ellas, cautivadas por su voluntad decidida e incansable, por su gran humanidad, por su profunda fe y por vida espiritual, junto con su personalidad y simpatía, decidió seguirla en su nuevo proyecto. La que así era elegida como guía para todo no era más que una joven de 24 años. Juntas volvieron a los Países Bajos para comenzar su obra.

### Tras los pasos de Ignacio de Loyola

En esta segunda vuelta a St. Omer había un horizonte más despejado y una ilusión más esperanzadora. Aquí llevaron una vida comunitaria y se dedicaron a la educación de las niñas y jóvenes, fundando su primer colegio al estilo del que muy cerca tenían los jesuitas. Fueron aquellos años decisivos, como lo son, para todo Instituto religioso, sus comienzos. La Iglesia se iba a enriquecer con una institución nueva, distinta de las ya existentes. Se las empezó a llamar "damas inglesas", o "jesuitas" por su empeño en reproducir la forma de ser y de actuar de los jesuitas. El Señor les dio a entender su vocación precisamente cuando el Concilio de Trento había venido a imponer la clausura en la Vida Religiosa femenina. Entonces se pensaba que "las monjas, donde mejor están, es encerradas". Se creía que la mujer no servía para hacer nada importante...



En ese momento, María Ward recibió una iluminación espiritual de Dios: “Toma lo mismo de la Compañía”. Para ella no hubo duda acerca de este mensaje, que significaba el adoptar el modo de vida de los jesuitas, asumiendo sus reglas en bloque, aunque salvando las diferencias indispensables y el ministerio sacerdotal. Muy fuerte debió de ser, sin duda, la impresión recibida cuando, en toda su vida, no flaqueó en una empresa que le costó tantos disgustos e incomprendimientos.

María Ward nunca tuvo la intención de someter su orden a la Compañía de Jesús, sino hacer una independiente con las mismas constituciones. Ella vio que lo que Dios quería estaba ya planeado por **Ignacio de Loyola** en sus Constituciones, y las tomó para su naciente Instituto, teniendo la certeza de que este debía ser el camino a seguir. Hay que hacer un esfuerzo grande para olvidar lo normal y corriente que resulta, después de María Ward, el que muchos Institutos religiosos femeninos hayan adoptado las reglas de san Ignacio o, simplemente, tengan su misma espiritualidad. Los nuevos elementos que introdujo solamente podían echar raíces a fuerza de tiempo. Tuvo la originalidad de ser la primera que luchó por este fin para todas las religiosas sin clausura de los tiempos venideros: las que trabajan en la educación, asisten a enfermos o se ocupan de obras sociales de todo tipo, también en los campos de misión.

Lo auténticamente revolucionario de las propuestas de María Ward

radicaba en considerar normal la actividad apostólica femenina fuera de la clausura y su dedicación a ella en forma totalmente similar a la masculina de vanguardia en su tiempo. Este planteamiento se enfrentaba abiertamente con todo lo habitual entonces, e incluso contra el Derecho Eclesiástico en esta materia que acababa de salir reforzado del Concilio de Trento. Y, por si faltaba algo para tenerlo todo en contra, es conocida la voluntad expresa de san Ignacio de no aceptar “jesuitas mujeres” que compartieran este carisma con la Compañía de Jesús. Sin embargo, María Ward funda su Instituto bajo el nombre de Madres de la Compañía de Jesús y es nombrada por todas las compañeras preósita general.

La espectacular innovación fue crear un Instituto religioso femenino nuevo cuyos miembros, sin renunciar a la vida comunitaria, no estuvieran condicionadas, en el ejercicio de la actividad apostólica, ni por el coro ni por la clausura ni por el hábito, pudiendo moverse libremente, y que se constituyeran en una única gran corporación, bajo el gobierno de la superiora general, dependiendo directamente del Papa. La idea no cuadraba con ningún patrón canónico vigente. Por eso, olía poco menos que a desafío y derribo. Era casi una heterodoxia.

En St. Omer se maravillaban y se hacían conjeturas sobre la manera de ser del grupo. ¿Qué significaba todo aquello? Jóvenes que vivían juntas, que dirigían una escuela, que explicaban



Una hermana con niños en Ecuador

el catecismo y que salían y entraban para ayudar en parroquias y por todas partes... Y, peor todavía, que se hacían pasar por monjas sin serlo. No tenían reglas, no llevaban hábitos ni tenían clausura. ¡Increíble!. ¡Había algo por debajo de esto que no marchaba! ¡Aquello era un espectáculo nunca visto! Al P. Ministro, del colegio jesuítico que les vio trabajar tan intensamente, se le ocurrió la ingeniosa idea de decir: “Tranquilos, el celo se desvanecerá como humo; al fin y al cabo, ¡no son más que mujeres!”. María Ward le sale al paso: “¿Qué pensáis al decir estas palabras, “nada más que mujeres”, sino que nosotras fuésemos en todo inferiores? No existe tal diferencia entre el hombre y la mujer, de forma que esta no pueda llevar a cabo nada grande. Más aún, yo os aseguro, y espero en Dios, que en el futuro se ha de ver a la mujer realizando grandes cosas”.

Precisamente, como lo que se traía entre manos no respondía a ningún modelo conocido y las mujeres que le siguieron no llegaron a ser tenidas por verdaderas monjas, María Ward fue pionera de algo tan de nuestro momento eclesial como es el apostolado seglar. **Pío XII**, fijándose muy especialmente en el dinamismo apostólico que María llevó en su propia patria y en esa actividad nueva para la mujer, realizada a lo largo de su vida, hablaría de ella y de su obra con motivo del primer Congreso Mundial del Apostolado Seglar en diciembre de 1951: “Aquella mujer incomparable que, en las horas más sombrías y sangrientas, dio la Inglaterra católica a la Iglesia”. Volviéndola a nombrar, seis años después, en el segundo Congreso,



Delegadas participantes en la Congregación General



se refirió a ella como modelo para los apóstoles seglares.

### El carisma fundacional

La última iluminación que María Ward tuvo en 1615 vino a culminar el camino emprendido y constituye una pieza fundamental para conocer su espiritualidad. No solo la concibió como un programa de santidad personal, sino que la expuso a sus seguidoras como un alto ideal a realizar por todas aquellas personas que siguieran la vocación a su Instituto. Esta visión, llamada del “alma justa” o de la persona recta, como diríamos hoy, recoge las tres características que ella deseaba para sus compañeras: libertad, justicia y sinceridad, que no son un fin en sí mismas, sino que ayudan para poder consagrar la vida a la mayor gloria de Dios y a ejercer un apostolado encaminado al mayor bien de la humanidad.

Dios le fue mostrando el camino poco a poco a través de las tres iluminaciones: 1609, la visión de la Gloria; 1611, tomar las reglas de la Compañía de Jesús; 1615, del alma justa. María Ward, como Ignacio de Loyola, recibió la gracia de ser “contemplativa en la acción”, encontrando a Dios en todas las cosas y, a ras de la experiencia de cada día, buscando en todo su voluntad. Y porque fue una mujer de oración, se lanzó a todos los campos de acción apostólica. Así, su carisma, orientado hacia la defensa de la fe y la salvación del mundo, fue dirigido de manera especial hacia la educación de la juventud y las necesidades de la época.

### Misión educadora de la mujer

Es interesante señalar la importancia que María Ward dio a la educación de la mujer, en una época en que esta idea distaba mucho de la general del momento. Ella pensaba que había que educar a niñas y jóvenes de todas las clases sociales, y fue la primera en realizarlo. Aunque el Concilio de Trento había insistido en acomodar la educación para niñas de acuerdo con la vida conventual, sus planes fueron ajustar la Vida Religiosa a las necesidades de la educación. Para ella, las asignaturas, aunque necesarias para aprender, eran tan solo medios para un fin que era la formación integral de la persona. Educar era mucho más que una formación intelectual, ya que comprendía, además, los problemas cívico-morales de su tiempo.

La valoración del nuevo papel de la mujer causó la enemistad de los eclesiásticos más conservadores, educados en una larga tradición antifeminista. El hincapié que hizo en los derechos de la mujer refleja el conocimiento de sus cualidades psicológicas para contribuir en la humanización del mundo. Concebía la escuela como un lugar donde todos podían y debían ser íntegros, con capacidad para perseverar en una vida recta enraizada en los valores de libertad, justicia y verdad. Exigía mucho a los educadores y era partidaria de una buena preparación profesional, dando gran importancia al testimonio de vida de los educadores. Para ella, la solución de muchos problemas para la mujer se encontraba en una buena educación en la escuela, que les permitía valorar su propia dignidad y afrontar seriamente su futuro.

### Proyecto y oposición en marcha

Para poder trabajar además en otros campos, asumiendo riesgos apostólicos de todo tipo, María Ward abrió una casa en Londres en 1614, pues ya contaba con suficientes miembros jóvenes, que empezaron

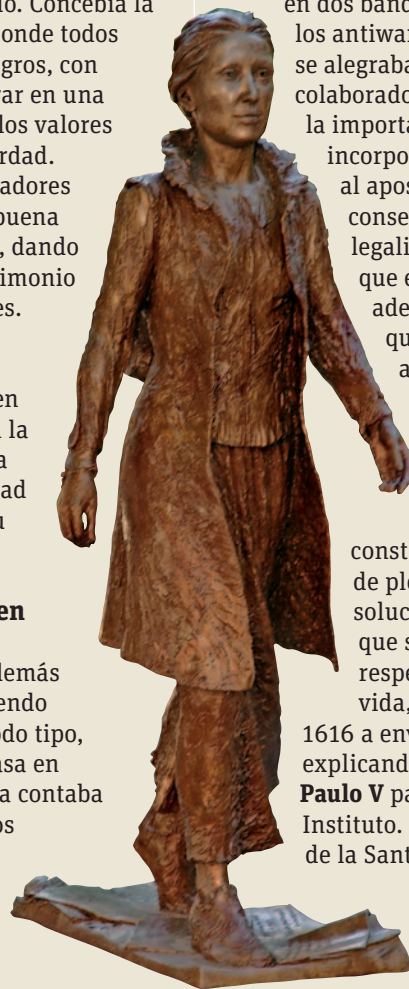
a trabajar con ella al estilo de lo realizado anteriormente en solitario. Su acción llegó a ser tan molesta para las autoridades protestantes que el mismo arzobispo de Canterbury afirmaba que María Ward era más peligrosa que seis jesuitas juntos y que había canjeado a estos, sacándolos gustoso de las prisiones, por tenerla a ella encarcelada. Enterada de esto, María fue al mismísimo Palacio de Lambeth, sede del Arzobispado, vestida de sus mejores galas y acompañada de varias compañeras algo atemorizadas. Pidió ver al prelado y, al saber que no podía o no se atrevía a recibirla, le dejó este mensaje grabado en el cristal de la ventana con un anillo de diamante: “He estado a visitarle. María Ward”.

Sin embargo, precisamente en Inglaterra, surgiría el comienzo de la oposición por parte de los medios eclesiásticos católicos a toda la obra de María Ward. Por parte del clero secular inglés se daba por supuesto que las damas inglesas no eran otra cosa que una avanzadilla de los jesuitas para incrementar su influencia allí. También los jesuitas, por su parte, se dividieron

en dos bandos: los wardistas y los antiwardistas. Los primeros se alegraban de tenerlas como colaboradoras, comprendiendo la importancia de la incorporación de las mujeres al apostolado con todas las consecuencias; los otros, legalistas, intentarían que el proyecto no saliera adelante, pensando que traían descrédito al catolicismo y a la Compañía de Jesús, tachándolas de mujeres ociosas y charlatanas.

El deseo de constituir una orden de pleno derecho y de solucionar la controversia que se iba creando respecto a su modo de vida, movió a María en

1616 a enviar un “memorial” explicando el plan al papa **Paulo V** para que aprobara el Instituto. La primera respuesta de la Santa Sede no pudo ser





más alentadora, pues el mismo Papa recomendaba al obispo de St. Omer que las tomara bajo su protección, y el nuncio de los Países Bajos recibía instrucciones describiéndolas como de gran utilidad para toda la Iglesia y de necesidad vital para Inglaterra.

Animadas María Ward y sus compañeras por esta buena acogida de Roma, decidieron fundar una casa en Lieja y un colegio. Un año más tarde, se abrió también allí un noviciado. Por último, el príncipe-obispo de Lieja, hermano de **Maximiliano de Baviera**, les pidió que fundaran en Colonia y Tréveris, abriendo colegios allí. Ahora era natural que María pretendiese salir del período de provisionalidad, consiguiendo una garantía que ahuyentase todo temor o recelo de la gente. Y decidió ir personalmente a Roma a gestionar el asunto y la aprobación de su Instituto con la Santa Sede.

Una decisión semejante entrañaba audacia, no solo por la materialidad misma de un viaje como aquel, sino por la novedad que suponía entonces el que una mujer se presentase personalmente ante el Papa para pedir la aprobación de unas excepciones que iban a contrapelo de la tradición religiosa femenina y de las recientes disposiciones eclesiásticas. Pero el cálculo de los riesgos no contaba mucho en ella cuando se trataba de realizar los planes de Dios. Un viaje desde Bruselas a Roma, a pie, cruzando los Alpes en invierno, con frío y nieve, suponía dos meses de caminatas diarias a base de 40 kilómetros por día. ¡Era una gran hazaña! María era una mujer de poca salud y, además, Europa estaba en esas fechas en plena Guerra de los 30 años. El grupo salió el 21 de octubre y pisaron Roma la noche de Navidad. Era el año 1621. María Ward tenía 36 años.

### Roma. Su cruz y su gloria

Sabía que la causa era difícil, pero confió en Dios y en la postura amable del nuevo pontífice, **Gregorio XV**, quien, escribiendo más tarde a la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, alabó a María y a sus compañeras terminando con estas palabras: “Nos alegramos de que muchas jóvenes se agrupen bajo la bandera que ella levanta”. A pesar de esta primera impresión, los cardenales empezaron a poner objeciones a la

exención de la clausura, tal y como la solicitaban ellas. Además, habían recibido muchas quejas del clero inglés, que las acusaba de tratar cuestiones teológicas como si fueran sacerdotes, de predicar y de dirigirse solo a los jesuitas. Le ofrecieron a María Ward que obtendría la aprobación si aceptaba la clausura mitigada. Pero, pensando que esto sería incompatible con el trabajo a desarrollar, no aceptó la propuesta de modificación que se le ofrecía y pidió abrir un colegio en Roma para que pudieran juzgar por sí mismos.

La propuesta fue aceptada y pronto el éxito desbordó todas las previsiones, de tal manera que fundaron nuevos colegios en Peruggia y Nápoles. En este momento, año 1623, muere Gregorio XV y le sucede **Urbano VIII**. Era el tercer papa al que apelaba María Ward y al que le tocó zanjar definitivamente el asunto. Ella consiguió entrevistarse personalmente con él en Frascati para ponerlo todo bajo su protección, pero él se lo encomendó a cuatro cardenales y a la Congregación Romana para la Propagación de la Fe, creada por Gregorio XV, que decidirían el veredicto final.



Con niños en Zimbabwe y mujeres en Marruecos



María se enfrentó a estas comisiones, exponiendo con serenidad y energía el plan de su obra en un admirable informe que tuvo a los cardenales pendientes de sus labios durante tres cuartos de hora, y mantuvo con decisión y humildad aquellos puntos de la regla que eran obstáculos para la aprobación de su Instituto. Pero los enemigos no andaban ociosos y pronto se empezó a mirar con malos ojos la labor de estas mujeres, sembrando cizaña a su alrededor. Su causa en Roma estaba prácticamente perdida y nadie, ni eclesiásticos ni seglares ni jesuitas ni clero, defendieron su postura.

Como arreciaban las sospechas y, ante la imposibilidad de convencer a los cardenales y de desenmascarar las mentiras y calumnias de sus enemigos, que confesaban que lo único que podía satisfacerles sería la total extinción de las ‘damas inglesas’, María dejó Italia y se dirigió a Alemania, donde Maximiliano de Baviera se erigió en protector suyo, ofreciéndole una casa para abrir un colegio en Múnich. De aquí pasó a Viena, llamada por el emperador **Fernando II**, y luego a Pressburgo, en Hungría, y a Praga, en Bohemia, donde fue abriendo colegios para la educación y formación de la juventud femenina.

### El inevitable final

Con tanto éxito visible en su labor apostólica y con tanto reconocimiento en tantos países europeos, parece imposible que sus enemigos pudieran arruinar su obra. En vista de las múltiples quejas contra esta “obstinada mujer”, la Congregación de la Propaganda de la Fe decretó, el 7 de julio de 1629, el cierre de las casas del Instituto, pero María



Última Congregación del IBVM, celebrada en septiembre de 2014 en Loyola

Ward no fue oficialmente informada, por lo que es difícil precisar cómo interpretó los rumores que corrían. Al ver amenazada la existencia de su obra, María volvió a Roma y el Papa convocó una congregación particular de cardenales para oír su exposición y su súplica. Pero esto no cambió nada.

Sin estar al corriente de la situación y cuando ya había comenzado la supresión en las casas del Norte, María Ward escribió el 6 de abril de 1630 ordenando a sus compañeras que no dejaran disolver las comunidades. En esto se engañaba, pues la supresión definitiva fue firmada por Urbano VIII el 13 de enero de 1631 en la bula *Pastoralis Romani Pontificis*. Se cerraron todos los colegios y se disolvieron las comunidades, siendo enviadas a sus casas unas 300 religiosas que le seguían. El 7 de febrero, María Ward fue encarcelada por orden de la Inquisición en Múnich, acusada de “hereje, cismática y rebelde a la Iglesia”.

Pasó dos interminables meses en prisión, desconcertada por las pocas compañeras que le habían quedado fieles. Al salir, se dirigió a Roma y, postrada a los pies de Urbano VIII, le dijo: “Santo Padre, yo no soy ni jamás he sido culpable de herejía”. El Papa exclamó: “Lo creemos, lo creemos, nos y los cardenales estamos bien enterados de tu ejemplar conducta y sabemos que has dirigido bien el Instituto”. La contradicción y la lucha han sido y siguen siendo el sello inconfundible que marca las obras de Dios, el cual permite que estas, emprendidas por su amor, se purifiquen con las tribulaciones.

El Pontífice, comprendiendo la situación y la fidelidad que siempre

había demostrado María a la Iglesia, le permitió, a ella y a su grupo, seguir viviendo con votos privados en Roma, aunque no reconocidas como religiosas. También el elector Maximiliano de Baviera, conmovido por tanta desgracia, pidió y obtuvo de Roma la dispensa para que las pocas seguidoras que quedaban pudieran vivir en Múnich en comunidad, seguir el trabajo de la educación de la mujer y conservar el espíritu que les dejaba la fundadora como un rescoldo de esperanza.

En 1639, María Ward, minada por los sufrimientos, privaciones y enfermedades pasadas, volvió a Inglaterra, viviendo primero en Londres y luego en York, en donde murió el 30 de enero de 1645, en medio de un pueblo asolado por una guerra civil. Se fue de la vida en pobreza y abandono, y con el aparente fracaso de quien ve destruida la obra de tantos años, pero con la paz y la serenidad de quien, aceptando en todo la voluntad de Dios, sabe entregarse generosamente sin pedir nada a cambio. **Von Pastor**, en su *Historia de los Papas*, asegura: “Con la muerte de la fundadora del IBVM, desapareció una de las más grandes mujeres de la historia de la Iglesia”.

### Las primeras compañeras

Dios había dotado a María Ward de un gran poder de atracción, ganándose la confianza de las personas que la rodeaban. Tras “la visión de la Gloria”, María pudo emprender el camino con las compañeras que se habían unido a ella. En total fueron siete las primeras que hoy podemos considerar las piedras fundamentales del Instituto: **Winefrid Wigmore**, la mayor confidente y más

querida amiga; **Susan Rookwood**, prima de María, que se unió a ella en Londres; **Joanna Browne**, la mayor del grupo, de gran tacto y prudencia; **Catherine Smith**, mujer pacificadora y de gran sabiduría; **Barbara Ward**, hermana de María, mujer profunda y con gran sentido del humor; **Barbara Babthorpe**, prima de María, que salió de las benedictinas de Bruselas para incorporarse al grupo y fue la segunda general tras la muerte de María Ward; y **Mary Poyntz**, la más joven y compañera inseparable, que fue la tercera general.

### El grano caído produjo fruto

Nadie pensaba en Roma que, del grupo de las que le permanecieron fieles, pudiese surgir un Instituto con vida pujante hasta nuestros días, pues a la muerte de María Ward quedaban repartidas en tres pequeñas comunidades entre Roma, Múnich y York. Sin embargo, el vínculo que unió a aquellas mujeres fue la fidelidad y lealtad a su fundadora y a todo lo que ella había querido. Lo que mantuvo a las primeras generaciones no fueron unas reglas, sino un espíritu que las unió fuertemente y de manera muy especial al Instituto, que creció a lo largo de estos siglos hasta estar hoy presente en los cinco continentes.

Como pionera, como mujer valiente, María Ward ofrece el reto para crecer, cambiar y evolucionar. El estar preocupadas por las necesidades del hombre y la mujer de hoy significa tomar en serio la justicia, obrar en libertad de espíritu, buscar la verdad y formar comunidades alegres con nuevo estilo, estando atentas al grito de los pobres y colaborando con los laicos en todos los campos. La palabra la tienen en realidad las personas que sepan dejarse llevar por el Espíritu, con el mismo valor, libertad y amor a Cristo y a la Iglesia que los que la caracterizaron a ella.

La obra de María Ward, saliendo de sus fronteras, produjo abundante fruto. Ella tuvo la sublime intuición de lo que había de ser el apostolado futuro de las congregaciones religiosas femeninas del mundo. Así lo señaló **Lippert**: “Dios necesita de vez en cuando a personas que se adelanten al día para anunciarlo. Pero ellos tienen que morir antes de que el día venga”.



## II. PRESENTES EN LOS CINCO CONTINENTES

El Instituto de la Bienaventurada Virgen María se encuentra hoy presente en los cinco continentes. Fundamentadas en el Evangelio y en la espiritualidad de Ignacio de Loyola en la que se inspiró María Ward, nuestro objetivo es dar gloria a Dios en todo lo que somos y hacemos, desarrollando nuestros dones en espíritu de servicio generoso a las personas. Con el convencimiento de que los principios de justicia, paz e integridad de la Creación han de estar presentes en todo nuestro ser, en España trabajamos principalmente en el área de la educación. Nuestros colegios son centros educativos católicos, impregnados del carisma de nuestra fundadora María Ward, con una mentalidad abierta y comprometida con la sociedad y el entorno en el que vivimos.

Nuestra espiritualidad nos llama a ser una voz alternativa ante las injusticias económicas y sociales que oprimen a la comunidad humana, especialmente a mujeres, niñas y niños. Promovemos un mundo donde las personas vivan libres de opresión, con derecho a una justa distribución de los recursos del planeta y en armonía con el cosmos.

En España también desarrollamos nuestra labor a través de nuestra misión en Asilah (Marruecos) y nuestra pertenencia a la Red Mary Ward Internacional. Conscientes de las necesidades de nuestros tiempos, comprometemos nuestra energía y nuestros recursos para promover la dignidad y la liberación de todas las personas: para desafiar los sistemas y las estructuras injustas, para ponernos al lado de quienes están en los límites de la sociedad, para mostrar un cuidado reverente por la tierra y toda la Creación.



Desde el año 2003, el IBVM trabaja junto a Naciones Unidas por un mundo más justo para todas las personas. Esta labor se desarrolla a través de una representante permanente en la sede de Naciones Unidas, que actualmente es **Cecilia O'Dwyer**, antigua provincial en España. Nuestro trabajo tiene una doble vertiente: por un lado, hacer llegar a la sociedad las iniciativas y propuestas que se hacen desde Naciones Unidas (como la conmemoración del Día de la Niña, por ejemplo, que ya se celebra activamente en algunos de nuestros colegios) y, por otro, trasladar a los organismos internacionales el trabajo que se desarrolla a pequeña escala, en los lugares en los que estamos implantadas. En estos años, nuestro trabajo se ha centrado especialmente en las siguientes áreas: igualdad de género, tráfico de seres humanos, cambio climático e impulso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Temas sobre los que seguiremos trabajando, como parte de la Agenda de Desarrollo Sostenible que Naciones Unidas pone en marcha a partir de este 2015.

## III. TERESA DE CALCUTA Y MARÍA WARD

En septiembre de 1997, la muerte de la Madre **Teresa de Calcuta** conmovió al mundo entero. Lo que pocas personas sabían entonces es que aquella gran mujer había sido una de las más fieles hijas de María Ward, fundadora del IBVM.

Efectivamente, **Agnès Gonxha Boyagui**, hija de padres albaneses, nació en Skopje (Yugoslavia) en 1910 y, desde muy joven, deseó ser misionera en la India. Aconsejada por un jesuita que conocía la dimensión misionera del IBVM, dejó su Skopje natal para entrar en el noviciado del Instituto en Loreto Abbey, Dublín, el 12 de octubre de 1928, tomando el nombre de Teresa. En diciembre de ese año, fue enviada, según sus deseos, a la India, e hizo sus votos en Darjeeling el 25 de mayo de 1931. Al terminar el noviciado, fue enviada a Calcuta a trabajar en St. Mary's School, un internado para niños huérfanos, abandonados.

Después de 17 años dedicada a la educación en los distintos colegios que las Loreto Sisters tienen en

## BIBLIOGRAFÍA

- *María Ward. Fondatrici Instituti B. Mariae Virginis*, Congregatio de Causis Sanctoru, Positio Romae. Vol: I, II, III, IV, V. 1994.
- **M. Immolata Wetter**, *Cartas de Formación sobre Mary Ward*, IBVM, Roma, 1994.
- **A. López Amat**, *María Ward. El drama de una pionera*, BAC, Madrid, 1990.
- **Francesc Torralba Roselló**, *El ideario educativo de María Ward*, Vision Libros, Madrid, 2008.

Calcuta, se despertó en ella su segunda vocación: vivir entre los más pobres. En 1948, obtenido el permiso de la madre general, Teresa se va vivir a los barrios más pobres de Calcuta, vistiendo el conocidísimo *sari* blanco.

Las Loreto Sisters mantuvieron siempre estrecho contacto con ella. De hecho, sus primeras compañeras fueron antiguas alumnas de sus colegios. Con ellas fundó la nueva congregación de las Misioneras de la Caridad.

De María Ward, a quien ella siempre veneró de forma especial, dijo: “Es un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo, pues trajo, especialmente para la mujer, una nueva dimensión. Hizo posible a principios del siglo XVII que la mujer se educara y se preparara para desempeñar un nuevo rol en la Iglesia y en la sociedad”. De sí misma afirmó: “En mi corazón, soy una hija de María Ward y de su Instituto”. Al morir, y por deseo propio, Teresa volvió a su querido Loreto, reposando en la iglesia de Santo Tomás.

Por dos veces, Teresa de Calcuta le pidió a **Juan Pablo II** que acelerara la beatificación de María Ward. Antes de morir, en 1997, le escribió: “Querido Santo Padre: en mi presente estado de salud y, en medio de las deliberaciones de la Congregación General, me vuelvo de nuevo a Su Santidad para rogarle encarecidamente que ayude a la causa de la madre María Ward. Estoy muy agradecida a María Ward y a su Instituto por mi primera vocación; de ahí que insista en mi deseo de que podamos pronto celebrar la beatificación y canonización de María Ward. Esta mujer apostólica puede ser un gran signo para nuestros tiempos. Su nombre es bien conocido en el mundo entero, y mujeres y jóvenes acudirían más fácilmente a ella para seguir su ejemplo si Su Santidad la colocase oficialmente entre las santas de nuestra Iglesia. Sigo muy agradecida por todo lo que en adelante pueda hacer por su causa...”